
ideales religiosos y *ethos* económico: las tesis de weber y la cooperativa agraria evangelista atahualpa- jerusalén

andrés figallo

Basta echar una mirada rápida a los títulos y subtítulos contenidos en el presente artículo para advertir su semejanza con el propio índice de *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* de Max Weber, la obra central sobre la que gira este trabajo. Por tanto, es mejor dejar en claro de una vez, para prevenir falsas especulaciones, que esto no ha sido por falta de ingenio a la hora de estructurarlo. Mucho menos se trata de utilizar la clásica obra de Weber como una burda plantilla para el estudio de una realidad particular y notoriamente distinta en varios aspectos a la que él trató. Tal estructuración persigue un objetivo mucho más pensado, cual es extraer las definiciones y los conceptos weberianos más relevantes de *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* para aplicarlos, comparativamente, al estudio del caso de una realidad muy específica: la Cooperativa Agraria Evangelista Atahualpa-Jerusalén. Dicho orden permitirá realizar la comparación de manera sistemática, de modo que se dote de sentido al artículo como un todo coherente.¹

Cuando hablamos de realizar una comparación no estamos haciendo referencia a caer simplemente en el ejercicio vano de cotejar algunos detalles pintorescos de los calvinistas europeos del siglo XVI con algunos otros de los evangelistas porconeros² del siglo XXI, para «ver» si son o no iguales; pues,

¹ Este trabajo se divide en tres grandes partes. La primera consta de dos subtítulos y toma en cuenta, centralmente, los capítulos I y II expuestos en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*; la segunda se atiende, en mayor medida, a los capítulos III y IV del mismo libro; y la tercera parte hace lo propio con el capítulo V del mencionado texto. Tal distribución puede ayudar al lector a tener una idea de qué parte del libro de Weber se está tomando en cuenta en cada momento, dado que se ha intentado, dentro de lo posible, seguir ese orden.

² Porcón ('el lugar de los cerros') era una hacienda que se ubicaba en el departamento, provincia y distrito de Cajamarca, en la cordillera noroccidental de los Andes, entre los 3.000 y los 3.800 metros sobre el nivel del mar. Si bien hoy en

como bien dijo Weber, «Quien quiera “ver cosas”, que vaya al cine».³ Y, verdaderamente, no hace falta demasiada erudición para advertir que se trata de dos realidades completamente diferentes desde el punto de vista histórico, social, cultural y espacio-temporal.

Debemos dejar sentada de manera explícita, entonces, nuestra intención con respecto al presente trabajo: elaborar algunas reflexiones sobre la influencia que ciertos ideales religiosos tienen sobre la formación de un *ethos* económico y sobre las consecuencias prácticas en la conducción de la vida intramundana que se derivan de este. Es preciso aclarar que, aquí, no tratamos de cualquier religión, ni de cualquier *ethos* económico ni de cualquier relación entre ambos. Se trata, puntualmente, de analizar si un grupo de cooperativistas andinos evangelistas,⁴ ubicados en un contexto específico,⁵ han logrado afianzar un *ethos* que permita una afinidad electiva con el espíritu del capitalismo.

Dicho esto, es importante recalcar que no estamos hablando del capitalismo como fenómeno económico, sino de algo mucho más restringido: del «espíritu» del capitalismo. Por ello, carecería de todo fundamento querer llevar la pregunta sobre su existencia o sobre su relación con un *ethos* determinado hacia una búsqueda del propio capitalismo. Antes que eso, procuraremos analizar hasta qué punto y de qué maneras la religión puede o no llegar a influir en la formación de un *ethos* económico así medien instituciones, organizaciones y condiciones materiales tan distintas como lo son las de los ya mencionados calvinistas y las de los porconeros-evangelistas. En particular, nos interesa analizar cómo la fe ligresía hace suya la religión, qué cambios provoca esta en las pautas de acción de la vida cotidiana y qué sentido le otorga a la acción social.⁶ Las referencias y las preguntas que, en todo caso, se hagan sobre el desarrollo

día esa zona ya no es más una hacienda, por efectos de la Reforma Agraria que la alcanzó en la década de 1970, se sigue denominando Porcón, en términos generales, a dicha área. Dentro de Porcón se encuentran Porcón Bajo, Porcón Alto y la Granja Porcón. Este último espacio es el lugar que nos interesa para el presente artículo, pues ahí se encuentra la Cooperativa Agraria de Trabajadores Atahualpa-Jerusalén (nombre oficial), a una altura promedio de 3.500 metros sobre el nivel del mar.

³ WEBER, Max. *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica, 2003, p. 68.

⁴ La información sobre la Granja Porcón y sus habitantes en la que se basa lo aquí escrito ha sido recogida a través de un tiempo prolongado, incluso desde la época colonial en algunas ocasiones. Aunque he accedido a dichos datos, claro está, mediante material bibliográfico. Una parte importante de la información acá empleada fue recabada por mí mismo durante un trabajo de campo que llevé a cabo en el año 2005.

⁵ Nuevamente, teniendo en cuenta las variables históricas, sociales, culturales y económicas.

⁶ Estamos tomando, por supuesto, la acepción weberiana de este concepto: «Por “acción” debe entenderse una conducta humana (bien consista en un hacer externo o interno, ya en un omitir o un permitir) siempre que el sujeto o los sujetos de la acción enlacen a ella un sentido subjetivo. La “acción social”, por tanto, es una acción en donde el sentido mentado por un sujeto o sujetos está referido a la conducta de otros, orientándose por esta en su desarrollo» (Weber, Max. *Economía y sociedad*. 2.^a ed. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica, 1984, p. 5).

capitalista de la cooperativa tienen como único objetivo servir de base para el análisis de lo que acabamos de plantear.

No es la idea tampoco intentar demostrar la eficacia de las religiones protestantes para «crear» capitalismo, pues este depende de causas históricas y estructurales más profundas; para el presente ensayo, tan solo nos interesa examinar si existe —y sin ningún afán de exhaustividad— la influencia de un *ethos* determinado sobre un «espíritu» determinado utilizando como base la teoría weberiana. Por otro lado, queremos ver hasta qué punto los hechos nos permiten decir que, en la cooperativa, se da un vínculo entre ética protestante y espíritu del capitalismo tal cual lo describe Weber. Mas si, en nuestras observaciones —porque no es nuestro ánimo forzar ninguna conclusión—, entendemos que los hechos pueden ser enlazados o comprendidos de otra manera, procederemos a intentar develar cómo y por qué se da eso.

Es importante insistir en ello. La clásica tesis weberiana nos servirá de parangón en tanto seamos capaces de seguir su razonamiento de fondo, tanto en el plano metodológico como en el teórico, pero nunca como si se tratase de una camisa de fuerza que nos imponga, dictatorialmente, desde un principio, sus resultados como la única opción posible en la que las relaciones sociales pueden entretrejerse. Weber será, más bien, nuestra referencia —y hasta nuestra inspiración si se quiere— para investigar el caso concreto que aquí nos atañe. Sin embargo, si hay explicaciones alternas que puedan hacernos comprender de manera más precisa el obrar de los porconeros, así como la orientación asceta de su trabajo, estas serán bienvenidas.

1. El problema

1.1. *Del credo religioso y la estructura social*

Inmediatamente uno llega a la Granja Porcón, es casi imposible no volcar los cinco sentidos hacia el impresionante paisaje. Da la sensación de que se hubiera transplantado al lugar un enorme lugar de otro lado de la Tierra, el cual poco tendría que hacer ahí. El viajero pasa de ver laderas salpicadas de eucaliptos, repletas de propiedades minifundistas,⁷ a tener, ante él, un tupido y

⁷ A principios de la década de 1970, la Reforma Agraria afectó la zona, propiedad de la Beneficencia Pública de Cajamarca en aquel entonces. Las consecuencias económicas inmediatas fueron el atraso a escala técnica, la ineficiencia productiva, la desorganización y la constante parcelación de la tierra. Sucedió, en parte, que los campesinos, al obtener el título de propiedad de un terreno para el cultivo y sentirse dueños de este, quedaron abruptamente fuera de la organización patriarcal que los mantuvo por generaciones atados a la tierra y a sus deberes tradicionales. Luego de la Reforma Agraria, ya no había patrón al cual servir ni hacienda en la que trabajar (no es lugar este para hablar acerca de la feudalidad de la hacienda tradicional en la sierra peruana, aunque, con relación a lo aquí dicho, solamente es necesario recalcar que tal acontecimiento dio como resultado cambios profundos en la forma de organización social hasta entonces imperante: ya pronto dejarían de existir enormes espacios de poder local-señorial, tierras que pasaban de padres a hijos junto con los indios que las trabajaban y lugares donde el patrón tenía el suficiente poder como para

extenso bosque de coníferas. La diferencia, a simple vista, es tal que resulta inevitable preguntarse cómo ha sido esto posible. No menor es la sorpresa cuando uno se entera de que es la única cooperativa que ha logrado mantener dicha forma organizativa y que, además, lo ha hecho de manera exitosa, pues ostenta un notable desempeño económico, cuando menos en el departamento de Cajamarca, departamento que, por cierto, se ubica entre los cuatro últimos en el índice de desarrollo humano (IDH) en el Perú.⁸

Otros hechos que cobran gran relevancia son los siguientes: la cooperativa está compuesta por un muy alto porcentaje de evangelistas y sus miembros son, en su mayoría, descendientes de indios collas. Ambas cosas podrían pasar únicamente como datos anecdóticos si no se tuviera en cuenta que, tradicionalmente, y hasta el día de hoy, la abrumadora mayoría de los pobladores de aquella zona, como la de todo el país, es católica⁹ y que la razón por la cual esos indios collas habitan esas tierras es porque fueron llevados como *mitimaes* producto de la conquista de los nativos a manos del Inca Cápac Yupanqui.

Sintetizando, se puede decir, a modo general, que, a través del tiempo, los actuales cooperativistas han formado un núcleo identitario bastante particular que les permite percibirse a sí mismos como diferentes y ser percibidos de igual forma por sus vecinos. Tener un origen étnico-lingüístico y una confesión religiosa claramente particulares no son poca cosa, y no solamente en un sentido nominal: los porconeros se sienten, en verdad, identificados con un grupo

decidir incluso sobre la vida de sus indios). Estos cambios no se tradujeron automáticamente en una feliz comunión de responsabilidades como muchas veces se ha pensado falsamente. Muchos campesinos no quisieron que nadie los dirija en torno a sus quehaceres; ellos querían su pedazo de tierra para administrarlo individualmente. Esta actitud de aparente rechazo a una forma organizativa económicamente más eficiente (en la sierra peruana, tanto el minifundio como el latifundio han probado, a través de la historia, ser ineficientes e improductivos), aunque guiada, en parte, por un deseo emancipatorio, no resultaría tan difícil de entender si tenemos en cuenta que el campesino de aquel entonces, imbuido en una lucha política con una carga ideológica muy fuerte, estaba pensando en una reivindicación material y simbólica, una afirmación de su nuevo estatus de propietario. Decirles, por tanto, que la tierra debía pertenecer a toda la comunidad o que debía ser administrada de manera cooperativista sugería, más bien, que, en la práctica, la tierra era de nadie y que su poder sobre lo que le pertenecía se veía disipado hasta desaparecer. En consecuencia, el campesino no estaba pensando —puesto que las categorías mentales que llevaba a cuestas no se lo permitían— en crear una organización compleja y racionalmente administrada con funciones y funcionarios especializados. Eso, simplemente, no sonaba verosímil; es más, ni siquiera era concebible en muchos casos. Hasta cierto punto, hubiera sido como desvirtuar su lucha en nombre de la retórica que provenía del gobierno y de «los blancos».

⁸ Cfr. PROGRAMA DE LAS NACIONES UNIDAS PARA EL DESARROLLO. *Informe sobre desarrollo humano. Perú 2005*. Madrid: Mundi-Prensa, 2005.

⁹ Las ceremonias y los ritos católicos aún se celebran de manera muy vívida en la provincia de Cajamarca. Muestra de ello, por ejemplo, es la procesión de las Cruces de Porcón, que tiene lugar en Porcón Bajo. También se puede ver, por donde quiera que se vaya, y muy especialmente en la ciudad de Cajamarca, la fuerte influencia religiosa plasmada a lo largo de cinco siglos, tanto por parte de los misioneros como por la Iglesia Católica. La vigencia de esta influencia se deja ver hasta el día de hoy en forma de templos y devociones ritualistas.

o con otro de acuerdo con aquellas características. Según ello, actúan y tejen sus relaciones, a veces de envidia (cosa que se ha acrecentado bastante respecto de los parceleros hacia los cooperativistas), a veces de solidaridad.

Weber señala que, en países con varios credos religiosos, son los protestantes quienes, con notable frecuencia, han mostrado una tendencia a hacerse de las empresas capitalistas, así como de los puestos superiores de las clases trabajadoras. Precisemos, entonces, dos puntos importantes al respecto. El primero es que Weber dice, explícitamente, que aquello obedece a causas históricas y económicas más que a la propia confesión religiosa; esta es, más bien, consecuencia de las causas mencionadas. Así, no sucedió, en un inicio, que ser calvinista haya sido un camino directo y seguro hacia la riqueza; de hecho, muchas veces, en zonas económicamente prósperas, fueron los artesanos, comerciantes y pequeño-burgueses católicos quienes se convirtieron al calvinismo. Tal cambio de credo no se dio porque aquellas personas sintieran que el dogma católico regulara sus vidas de manera muy rígida, sino por todo lo contrario: se vieron seducidos a convertirse por la necesidad de contar con un control harto más fuerte y estricto en la vida cotidiana. El desarrollo y aplicación de una ética protestante asceta en sus vidas les permitía, pues, una afinidad mayor con el espíritu del capitalismo. Ya el sistema educativo formal se encargó, posteriormente, de reafirmar la reproducción social que hizo posible la separación de la que hablábamos al inicio del párrafo entre protestantes y católicos.

El segundo punto en el que queremos hacer hincapié es que Weber presupone, con toda razón, que se deben dar ciertas condiciones materiales, tanto técnicas como de acumulación de capital, para que se puedan abrir las puertas hacia un desarrollo capitalista.¹⁰ Sin embargo, aunque decisivas, esas condiciones son solo el primer paso y no aseguran de ninguna manera la transición directa y automática al capitalismo en el sentido moderno del término, es decir, un capitalismo orientado de manera racional.¹¹ En realidad, a decir verdad, nada lo hace; no tiene ningún sentido ir tras la búsqueda de la «fórmula mágica» del capitalismo. Como Weber señala repetidamente a lo largo de su obra, tanto de manera directa como indirecta, el análisis de la realidad social no puede entenderse como meras consecuencias unívocas derivadas de factores materialistas o idealistas. Así, tanto el capitalismo como cualquier otro fenómeno social

¹⁰ Recordemos que Weber data los orígenes estructurales del capitalismo moderno en la Baja Edad Media, tal como lo señala en *Economía y sociedad*, e incluso añade que «[...] el capitalismo moderno ha sido grandemente influenciado en su desarrollo por los avances de la técnica; su actual racionalidad hállase esencialmente condicionada por las posibilidades técnicas de realizar un cálculo exacto [...] pero tampoco deberá ignorar la relación causal inversa, pues el racionalismo económico depende en su origen tanto de la técnica y el derecho racionales como de la capacidad y aptitud de los hombres para determinados tipos de conducción de vida práctico racional» (WEBER, Max. *La ética protestante*, pp. 63-65).

¹¹ Básicamente, estamos hablando de lo que, en la teoría weberiana, es una acción racional con arreglo a fines, es decir, una acción social orientada por un razonamiento de costo-beneficio donde prima la eficiencia y el cálculo. Tal manera de razonar y de actuar permitió desarrollar una mayor constancia, regularidad y previsibilidad a la hora de trabajar. Cfr. WEBER, Max. *Economía y sociedad*, cap. 2.

son, en todo caso, productos de pre-condiciones materiales y pre-condiciones ideales (como la santificación del trabajo en el caso de los calvinistas europeos) gestoras y gestantes de un contexto histórico determinado. En sus propias palabras, podríamos decir que «[...] nuestra intención no es tampoco sustituir una interpretación causal unilateralmente "materialista" de la cultura y de la historia por otra interpretación contraria de causalismo espiritualista igualmente unilateral. Ambas interpretaciones son *igualmente posibles*, pero como trabajo preliminar; si, por el contrario, pretenden ser la conclusión de la investigación, entonces ambas sirven muy poco a la verdad histórica».¹²

Retomando los dos puntos mencionados y basándonos en lo que hemos dicho hasta ahora, podríamos decir que nos enfrentamos, por el momento, a dos grandes incógnitas con relación a los cooperativistas: (a) ¿cuáles fueron la o las motivaciones que lograron se produjese el cambio del catolicismo, tradicionalmente la religión imperante en todo Porcón, hacia el evangelismo?; (b) ¿fue acaso, como lo fue para los calvinistas, la necesidad de contar con pautas más estrictas de autocontrol?

En el argumento de Weber, el número de adeptos calvinistas aumentó, en buena medida, en gente que se dedicaba a cierto tipo de actividades (comerciantes, artesanos y pequeño-burgueses por lo general) ligadas directamente al proceso de formación de las ciudades,¹³ puesto que fueron justamente ellos los que empezaron, como producto de la reestructuración social que vivían, a tener una conciencia del tiempo más cuantificada y detallada y a dedicarse a actividades económicas crecientemente monetizadas, las que suponían una contabilidad más precisa y una planificación más rigurosa.

Resulta, a todas luces, evidente que los campesinos porconeros de la década de 1960, período en el que la Iglesia Evangélica empieza su proselitismo religioso en la Granja Porcón, no se hallaban, en lo más mínimo, inmersos dentro de un proceso histórico similar al que se dio en Europa y que conocemos bajo el nombre de modernidad. Aquello es sumamente relevante, ya que, en una sociedad eminentemente rural y sin focos cercanos de desarrollo urbano, difícilmente se pueden gestar las condiciones necesarias para, en principio, sentir que realmente es necesario imponerse pautas cotidianas de conducta tan severas y metódicas como las que se dieron en el caso de los calvinistas europeos conversos. Ciertamente, no queremos decir con eso que, en un medio rural como el de la Granja Porcón, no haya sido ni sea necesario, por parte de los campesinos, autoimponerse alguna clase de recia normatividad que dirija su conducta en numerosos aspectos de su vida diaria, como una notable política de austeridad por ejemplo, para poder hacerle frente a las condiciones hostiles y de escasez en las que se vivía. Sin embargo, aun así, no sería verosímil afirmar que la conversión de los porconeros hacia el evangelismo (aún sin entrar a evaluar su nivel de ascesis ni la orientación de esta) se deba a la apremiante necesidad de proveerse de un sistema intrínseco de fuertes reglas orientadas a regular el comportamiento cotidiano, pues, en el momento en el

¹² WEBER, Max. *La ética protestante*, pp. 288-289.

¹³ Weber define a los naciotes burgos europeos de finales del Medioevo y principios de la modernidad como lugares de mercado. Otorga suma importancia a este punto para explicar el singular desarrollo de Occidente. Cfr. el capítulo sobre la ciudad en WEBER, Max. *Economía y sociedad*.

que se comenzó a «ofertar» la nueva religión,¹⁴ no había, por decirlo así, ni la necesidad ni la posibilidad (puesto que las condiciones materiales no lo permitían) de metodizar la vida diaria en miras de su racionalización.

No podemos caer en la generalización simplista de argumentar que toda condición difícil de vida es tierra fértil para el advenimiento de cualquier religión protestante. Cuando la Iglesia Evangélica llega a la Granja Porcón, traída por unos misioneros de los Estados Unidos, naturalmente con el objetivo de ampliar las fronteras de su credo, accede a zonas que aún no habían sido afectadas por la Reforma Agraria y que la Beneficencia Pública de Cajamarca seguía manejando a la usanza tradicional en muchos sentidos: no había mayor inversión en tecnología; había un proceso de minifundización incesante en las tierras asignadas a los campesinos; estos no recibían salario alguno, sino tierras para la automantenimiento de la unidad familiar; no siempre vendían sus productos a cambio de dinero, sino que todavía se usaba mucho el trueque; los bienes a los que tenían acceso eran los que podían manufacturar ellos mismos o intercambiar; y pocas veces se hacían transferencias monetarias en algún poblado relativamente cercano (de mayor tamaño normalmente) con el fin de obtener algún producto que requiriera de un mayor grado de manufacturación.

Los misioneros evangelistas realizaron una actividad proselitista intensa en la hacienda Porcón: llegaron decididos a expandir las fronteras de su fe. Ello no nos dice que la nueva religión no encontrara un grupo proclive a tomarla, pero, definitivamente, sí nos señala que había una intencionalidad muy fuerte por parte de los religiosos para que eso se diera. Es importante añadir que si bien ya los campesinos poseían una creencia de base cristiana, su relación, en ese entonces, con la Iglesia Católica era más formal que vivencial, es decir, se mantenían los ritos católicos y no había ninguna actitud tendenciosa contra la Iglesia. Incluso, si bien la gente proclamaba abiertamente creer en Dios, solo se asistía a misa en fechas específicas donde habían ciertas celebraciones especiales que realizar y no así cada domingo. No obstante, antes de ahondar en este tema, cosa que haremos posteriormente, lo que debemos retomar de todo esto es que los misioneros evangelistas se apoyaron en las formas religiosas que aún se mantenían en la Granja Porcón para inculcar su credo con renovados bríos. Lo lograron mediante un trabajo constante de convencimiento, lo cual no es difícil de imaginar si tenemos en mente que el sacerdote asignado a tal zona solo iba para actividades muy puntuales en contadas fechas al año; de esa manera, el credo protestante se les volvió mucho más cercano a los campesinos: era algo que podían ver en la vida diaria y no únicamente por medio de rituales.

Dijimos, hace no mucho, que la motivación para que los porconeros se adhirieran a la Iglesia Evangélica no provenía de una urgencia por metodizar racionalmente la vida; más bien —decimos ahora—, la motivación principal provenía de los misioneros, quienes querían llevar a cabo su misión apostólica. Además, volviendo a lo concerniente a las condiciones materiales, como hemos visto y podemos imaginar, en la Granja Porcón no había elementos como el reloj, a modo de ejemplificación, que ayudaran a contabilizar el tiempo. La

¹⁴ Weber se refiere a la «diáspora calvinista como el “vivero de la economía capitalista”» (WEBER, Max. *La ética protestante*, p. 87), ya que su diseminación fue clave para que la nueva religión pudiese extender su área de influencia.

vida cotidiana, entonces, transcurría con otra concepción del espacio y del tiempo. Así, los lugares no estaban ubicados a diez kilómetros de distancia o a cuatro horas (recomiendo el camino a pie a una velocidad media de 2,5 km/h), sino que estaban «acá nomás, cruzando el río». Agreguemos, a eso, que el campesino porconero no consideraba su trabajo como fuente de ganancia, como algo que tuviera un valor intrínseco por sí mismo y, por tanto, como algo por lo que se debía cobrar u obtener algún beneficio directo. El trabajo era visto simplemente como ese esfuerzo necesario para lograr el producto, que es lo que realmente tenía valor para ellos; luego, tales productos serían intercambiados en el mercado sin utilizar ningún procedimiento que tuviera en cuenta factores como ganancia neta o bruta. Tan solo se intercambiaba esperando obtener lo más posible. Tomando eso en cuenta, reafirmamos que no hay contexto económico-capitalista que sostenga ni que pueda sostenerse en esas condiciones.

Podemos percatarnos fácilmente que hace unos cuarenta años, en Cajamarca, no solo no había protestantes —cosa que ni siquiera constituye por sí sola una condición necesaria y mucho menos suficiente para el florecimiento del capitalismo moderno—, sino que no existían las condiciones materiales necesarias para el florecimiento de una economía capitalista. Incluso, la acumulación por parte de los terratenientes era relativamente escasa como resultado de la poca productividad. En realidad, el desarrollo posterior de Porcón no se puede explicar si no es teniendo en cuenta factores externos como la reforestación, con la cual se creó el bosque de pinos (árboles no nativos) que hoy atrae a tantos turistas, el cual permite la venta de madera así como la creación de un ecosistema más benigno para el cultivo y la crianza de animales. Aquel proyecto fue promovido y financiado principalmente por la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO) y la cooperación internacional belga, aunque también intervino el Banco Agrario financiando proyectos de desarrollo. Se dieron, incluso, programas de capacitación por parte del Estado y, en fechas recientes, podemos añadir a la lista a la empresa minera Yanacocha, la cual ofrece puestos de trabajo a los lugareños con remuneraciones relativamente altas.

1.2. ¿Espíritu del capitalismo? Tipos ideales en la Cooperativa Atahualpa-Jerusalén

La cuestión sobre el «espíritu del capitalismo» es especialmente compleja, ya que no existe una cosa o persona que, en sí misma, sea o posea tal espíritu. Tampoco podemos arriesgarnos a objetivarlo y reificarlo, pues eso no solo estorbaría nuestra labor sino que terminaríamos cayendo en un absurdo. Este, digámoslo así, representa, más bien, un concepto, un recurso teórico formado por numerosas categorías provenientes de la realidad histórica concreta,¹⁵ al cual dotamos de sentido para poder entenderlo. Estamos hablando, hasta cierto punto, de a lo que coloquialmente se le puede denominar como «una manera de ser», mas no refiriéndonos únicamente a las particularidades de un individuo, sino a todas aquellas características que comparte él mismo

¹⁵ Nos referimos a los actos —actos de economía capitalista en este caso— que son objetivos en tanto tales; sin embargo, nuestra comprensión de estos, así como su orientación, es eminentemente subjetiva.

con un grupo, definido como tal justamente por este conjunto de elementos comunes que poseen sus integrantes. Además, le damos nombre al conjunto, es decir, lo clasificamos, lo etiquetamos, no por puro capricho sino porque nos parece relevante en tanto creemos que son tales y tales cosas contenidas ahí las que hacen posible dar una explicación global del comportamiento del grupo al que insistimos en llamarlo como tal.

Otro detalle importante a notar y que vale la pena hacerlo desde ya es la diferencia conceptual entre *ethos* y «espíritu»; aunque basta decir, por ahora, que, para Weber, el *ethos* viene a estar dado por máximas de comportamiento morales y sociales con un claro fundamento religioso, protestante en este caso, y que el «espíritu» está referido a la manera como se lleva a cabo el capitalismo o en que consiste el actuar capitalista.

El propio Weber utiliza la vida y obra de Benjamin Franklin para referirse a dicho «espíritu», en tanto este no puede ser aprehendido directamente sino solo a través de la interpretación de los actos y los sentidos producidos por personajes concretos. Así, Franklin —o aquellas características de su personalidad que, por ser muchas y guardar una relación estrecha con el «espíritu del capitalismo», Weber toma a modo de ejemplificación— es convertido en una especie de representante, algo así como un tipo ideal del «espíritu del capitalismo», que nos permite acercarnos más a dicho concepto aunque, en modo alguno, agota su contenido.

«De las vacas se hace manteca y de los hombres dinero»,¹⁶ dice Ferdinand Kürnberger intentando resumir la filosofía de Franklin en aquella oración. Y es que, efectivamente, Franklin crea todo un código ético alrededor del dinero y su buen uso. Por ejemplo, sostiene lo siguiente: «Piensa que el tiempo es dinero [...] piensa que el crédito es dinero [...] piensa que el dinero es fértil y reproductivo [...] piensa que, según el refrán, un buen pagador es dueño de la bolsa de cualquiera».¹⁷ La idea detrás de estos escritos no es simplemente dar buenas recomendaciones para los negocios (no estamos ante un libro de consejos financieros); lo que el autor verdaderamente pretende al escribir esas líneas es plantear un estado del deber. Obrar contrariamente a esos preceptos equivaldría a actuar de una manera no ética, donde dilapidar el dinero o el tiempo —que es lo mismo—, es incurrir en una falta grave. Es en tanto expresión de un *ethos* que Franklin le interesa a Weber y no en función de lo acertado o no de sus supuestos.

Si bien resulta difícil creer que alguien pueda escribir aquello sin ser la encarnación pura de la avaricia y el utilitarismo, lo cual sería incluso contrario a lo que dicta la ética ante los ojos de muchos, también es cierto que Franklin no pretende ser cínico. De hecho, él está convencido de que Dios nos muestra el buen camino recompensándonos por el trabajo bien habido, de manera que ahorrar más y más se vuelve un fin en sí mismo y nunca es un medio para caer en excesos. De algún modo, la ganancia actúa como un señuelo y como la natural consecuencia del trabajo honesto. El espíritu del capitalismo debe ser entendido como aquel genuino interés de procurarse la mayor cantidad de ganancia posible, mas no guiado por una avaricia enfermiza, sino con plena conciencia de que aumentar el capital propio, si se ha logrado mediante el esfuerzo y el trabajo racionalizado, debe brindar, más bien, orgullo a quien lo

¹⁶ WEBER, Max. *La ética protestante*, p. 94.

¹⁷ *Ib.*, pp. 92-93.

hace; pues, probablemente, no solo estaría realizando buenos negocios, sino que está haciendo lo que debe.

Todo esto nos lleva a plantearnos nuevas interrogantes. Asumiendo aún que la ética protestante evangelista lleva intrínsecas las mismas características fundamentales que hicieron posible el desarrollo del espíritu capitalista en muchos conversos al calvinismo hace más de cuatro siglos: (a) ¿sería esta necesaria o suficiente para influir positivamente sobre el espíritu capitalista de los porconeros?; (b) ¿es lícito hablar de una suerte de espíritu del capitalismo en la cooperativa?; (c) ¿existen evidencias de desarrollo capitalista?; y (d) de existir un desarrollo tal, ¿sería posible establecer si este es causa o consecuencia de un espíritu del capitalismo o, tal vez, de algún otro factor?

No debemos buscar, en la cooperativa, signos de avaricia desmesurada o de afán de lucro, como se podría pensar, para poder afirmar que, ahí, el «espíritu del capitalismo» ha surgido vigoroso. El «espíritu del capitalismo» no es equivalente al «espíritu de la codicia». El deseo de lucrar y enriquecerse, ya sea por medios lícitos o ilícitos, inmorales o no, no es una característica propia del capitalismo moderno. Este se caracteriza, más bien, a diferencia del capitalismo aventurero, que especula con las guerras y otros factores inciertos, por una mentalidad racionalizada que pretende la máxima rentabilidad de la inversión mediante el trabajo eficiente y el cálculo exacto. El hombre verdaderamente capitalista, en el sentido que acá se le otorga, es una persona modesta, controlada, austera, trabajadora, moderada en sus gastos e inversiones, y maximizadora de beneficios sin recurrir a la violencia.

Es claro que no existe un personaje como Franklin en la cooperativa, ni siquiera alguien que se le asemeje, por lo menos, en lo que respecta a su concepción ética del trabajo y del dinero, pero tampoco tendría por qué haberlo. Tomando en cuenta el paso por el que transcurrió el desarrollo originario del capitalismo, pensemos en que Franklin vivió en el siglo XVIII, dos siglos después del surgimiento de muchos movimientos protestantes, mientras que tan solo hace treinta años se dio la Reforma Agraria en Porcón y hace solamente cuarenta llegaron los misioneros evangelistas. Es importante, entonces, tener en cuenta que, de existir efectivamente en Porcón dicho espíritu del capitalismo, este no va a aparecer ante nosotros necesariamente encarnado en «Franklins andinos».

Lo que queremos dar a entender es que existe la posibilidad de que los vínculos entre la ética protestante evangelista y el obrar capitalista aún sean, como sucedió en Europa en un inicio, mucho más directos y explícitos; es decir, los primeros calvinistas nunca pensaron en hacerse ricos ni en favorecer, en lo más mínimo, el desarrollo del capitalismo o de la modernidad con su actuar. Incluso, en su gran mayoría, ellos se mostraron muy reacios a todos los cambios que se vivían en la época y que justamente dieron origen a la modernidad. Ellos se comportaban de una manera que inintencionalmente favorecía al espíritu del capitalismo, pero simplemente porque lo consideraban éticamente correcto. Nunca se pusieron a pensar en las consecuencias de sus acciones en otros términos. Cabe la posibilidad de que, en la Granja Porcón, todavía aquellos vínculos de los que hablábamos se encuentren en una etapa similar o inclusive de formación, o, como en el caso de Franklin, se podría asumir que, en la actualidad, estos reposan en fundamentos más mecánicos (al margen de que se mantengan o no las creencias religiosas) aunque con algunos residuos de la pasada pero potente influencia religiosa. Sin embargo, consideramos

esto último muy poco probable, pues, como es evidente, tal cosa necesitó de cientos de años para que pudiera ocurrir.

Si queremos proseguir con la hipótesis planteada, no podemos obviar la pregunta sobre el estado del capitalismo en la cooperativa, no porque su existencia sugiera una relación proporcional entre este y el espíritu del capitalismo —nada de eso—, sino porque la respuesta a esa interrogante puede ayudar a echar luces sobre la relación entre, por un lado, las acciones de tipo capitalista llevadas a cabo por los porconeros y, por otro, el nivel de desarrollo alcanzado en términos económicos. Aclarémoslo de una vez: no existe relación causal directa alguna que conecte un bajo desarrollo capitalista con la ausencia del «espíritu del capitalismo» en ninguna dirección. Que el bajo desarrollo capitalista en Cajamarca¹⁸ no produzca o no cree las condiciones para que se asiente ahí el «espíritu del capitalismo» no prueba que este no exista, pues, como insiste el mismo Weber, en Massachussets, dicho espíritu existió incluso antes de que alguna clase de desarrollo capitalista intensivo tuviera lugar. La gran diferencia —y es importante mencionarlo— está en que los colonos puritanos llegados a la costa este de los Estados Unidos ya tenían arraigado a su ser histórico esa mentalidad orientada hacia el trabajo duro, la austeridad y la racionalización. En suma, lo que pretendo decir es que el desarrollo estructural del capitalismo no necesariamente precede, en todas partes, a su «espíritu» y que tampoco debemos confundir el «espíritu del capitalismo» con sus posibles resultados económicos.

No es difícil notar que, desde hace un corto tiempo, se viene dando un efectivo desarrollo capitalista en la cooperativa, pero la fuerza causal que ha impulsado tal cosa no ha sido un espíritu previo ya existente, como en el caso que mencionamos sobre Massachussets, puesto que los porconeros no han tenido una historia pasada donde se hayan dado las condiciones materiales del caso necesarias para que este «espíritu del capitalismo» tuviera una base verosímil y real donde echar raíces. Aquellos, más bien, han vivido en una sociedad completamente campesina y rural desde hace cientos de años y es desde hace solo pocas décadas que sus condiciones materiales han dado un salto brusco que nos permite evidenciar un cambio trascendental a escala histórica. Los resultados económicos tampoco son prueba de que ahora sí existe un espíritu del capitalismo, como ya dijimos, aunque, en algunos casos, da la impresión de que se trata de uno en ciernes. En todo caso, los cooperativistas no tienen incorporada, de manera tan sólida, esa mentalidad de la que venimos hablando, la cual permitió a los cuáqueros, por ejemplo, desarrollar una vida metódica bajo los parámetros de una férrea disciplina que hallaba recompensas psicológicas como consecuencia de sus acciones consideradas éticamente correctas basándose en su fe religiosa.¹⁹

¹⁸ Con excepción de la empresa minera Yanacocha, no hay grandes industrias, ni siquiera en la misma ciudad, aunque sí existen, por supuesto, talleres, mercados, tiendas y artesanos, e incluso hoteles lujosos y otros establecimientos de apariencia «moderna». Además, la minera, si bien requiere de tecnología bastante sofisticada y costosa para operar, mantiene, básicamente, una economía de enclave y no se puede decir, de ninguna manera, que sea parte de un proceso endógeno de industrialización.

¹⁹ De hecho, sin entender ese supuesto, no es posible entender cómo sostuvieron una forma de vida tan sacrificada en muchos aspectos durante un tiempo tan prolongado.

En el caso de la Granja Porcón, preferiría no arriesgar una respuesta contundente, pero sí me atrevo a descartar la hipótesis anterior y sugerir la siguiente nueva hipótesis: es la necesidad material más que otra cosa la que motiva sus acciones. En ese sentido, la orientación de las acciones referidas al trabajo persigue un fin más pragmático. Lo que sí ha tenido lugar ciertamente, y lo que denota un acercamiento hacia lo que hemos dado en llamar «el espíritu del capitalismo», es el afán de inversión. Es común, en la cooperativa, destinar las utilidades a actividades que permitan aumentar la capacidad productiva para que, así, puedan generar más ganancia. Asimismo, es clara la presencia de una lógica de planificación que necesita de una contabilidad precisa de los ingresos y los costos. Los pobladores buscan los trabajos donde pueden ganar más²⁰ y las ocupaciones laborales se han diversificado, no como producto de una demanda inicial, como se podría suponer, sino como consecuencia de programas estatales destinados a generar habilidades que puedan ser útiles en tanto les procuran ingresos. También es visible una disciplina nada despreciable en cuanto al trabajo se refiere, disciplina reforzada como parte de las virtudes que el evangelismo promueve abiertamente y que se legitima en la palabra de Dios recogida en la Biblia. Hablaremos de esto un poco más en el siguiente apartado.

2. El *ethos* protestante y sus consecuencias en la conducción de la vida

2.1. ¿Se puede hablar de un ascetismo intramundano con fundamento religioso?

Weber menciona a cuatro representantes históricos del protestantismo ascético: el calvinismo, el pietismo, el metodismo y las sectas nacidas del movimiento baptista. Esto es importante no solo porque las identifica explícitamente, sino porque, al hacerlo, revela que no toda doctrina o religión protestante es necesariamente asceta y, como veremos, no todo ascetismo se orienta de manera intramundana. Hablemos, entonces, del calvinismo, el ejemplo mejor ilustrado por Weber y al que considera más representativo de su propuesta. Luego, haremos algunas comparaciones con el evangelismo que se predica y se vive en la cooperativa.

'Predestinación' es la palabra clave para entender la doctrina de Jean Calvino. El placer que el mundo le ofrece al hombre envuelto de miel suele estar lleno de pecado y, por tanto, no es obra más que de Satán: el Maligno quiere que el hombre se desvíe de la senda del bien que manda Dios y que se deje guiar por sus pasiones hacia el mal. Resulta claro que el hombre debe eliminar o controlar disciplinadamente tales impulsos a riesgo de notar prontamente que la gracia

²⁰ Ello no sería particular de un capitalismo racionalista si no fuera porque han agregado, de manera clara, la idea del tiempo: ya no es solo «cuánto me pagan», sino «cuánto me pagan por día o por hora». El tiempo ha dejado de «pasar» para empezar a «gastarse».

le es adversa y que su destino es el fuego eterno. A diferencia de los católicos, los calvinistas no creen en una intervención eclesiástico-sacramental; para ellos, el ser humano viene al mundo con su sentencia de salvación o la condenación eterna bajo el brazo; aquel mandato es imperativo y, hágase lo que se haga, no hay fuerza alguna en la Tierra que pueda cambiarlo. Es más, cualquier intento de intervenir en el estado de la gracia mediante ritos o ceremonias inútiles no hace más que revelar una confianza fútil y supersticiosa en la acción salvadora, lo cual no habla muy bien de uno mismo. Así también, Dios debe ser el único confidente del hombre, pues no hay necesidad de otro hombre que intermedie en un asunto tan personal y ni qué decir de rendirle culto a una imagen o confiar en que, a través de ella, se pueda lograr una relación con lo divino. Esto significaría caer de lleno en la idolatría.

Como se comprenderá, el ambiente del mundo puritano estaba plagado de alusiones a señales salvíficas o inquisidoras, ya que existía realmente una obsesión por saber cuál era el destino que le aguardaba a cada uno. Mientras tanto, lo que sí resultaba claro es que el mundo está exclusivamente concebido para honrar a Dios. Es el profundo deber de los hombres aumentar su gloria en el mundo, pues es aquí donde se manifestarán ciertos indicios salvíficos de la voluntad divina. Si bien no se puede saber nunca con total certeza el destino que depara a cada uno, sí se pueden tener señales de ello. Solo el elegido es capaz de aumentar la gloria de Dios en el mundo, puesto que Dios lo ha llamado para eso y le da los medios para que le sirva como instrumento de su suprema voluntad. Sin embargo, pese a ello, aunque el infatigable trabajo se convierta en más y más obras para Dios, todos los días recae sobre uno la siguiente pregunta: ¿elegido o condenado?

Dios quiere que se realice su obra en la Tierra; no basta con rezar, sino que hay que ir en busca de la Providencia y estar atentos por si ella se presenta. La ética profesional del hombre puritano, así como el trabajo que el calvinista lleva a cabo para su sociedad, están al servicio de dicho motivo: son personas que ayudan a la comunidad a mayor gloria de Dios. En los inicios del protestantismo, los problemas de la otra vida preocupaban más que los de esta, pero, al sentir que todo intento de intervenir era, a su vez, señal de condenación, la gente volcaba sus esfuerzos hacia «este mundo» y se preguntaba si estaba salvada o no. Por tal razón, decimos que estos se orientaban intramundamente pese a tener sus fundamentos en el «otro mundo».

Los elegidos son la «Iglesia invisible de Dios»²¹ aunque lo ignoren; sin embargo, en principio, todos tienen el deber de considerarse elegidos y no deben malgastar su tiempo cediendo a las tentaciones susurradas por el demonio, que desea convencer a los hombres de que no tienen como destino la salvación. En efecto, toda duda al respecto revela poca fe en uno mismo y habla de que la gracia, probablemente, no está muy cerca de uno. El «santo protestante», por decirlo así, no es una persona humilde y arrepentida de sus pecados como el cristiano arquetípico,²² sino un hombre de negocios que hace todo lo

²¹ WEBER, Max. *La ética protestante*, p. 177.

²² La historia de la Iglesia católica presenta incontables ejemplos de santos y mártires, pero uno bastante claro para hacernos una imagen de lo que aquí se expone es San Agustín, quien, luego de vivir una vida pecaminosa y de excesos, se vio llamado por el Señor y enrumbó su camino hasta el punto de convertirse en un santo.

posible por aplacar la angustia religiosa que lo invade y que, precisamente por ello, continuamente busca señales salvíficas. Además, es su deber moral ejercer bien su profesión, porque esta se encuentra dada por mandato divino;²³ no es una tarea cualquiera y no puede ser asumida sino con total abnegación. Esto es lo que, más adelante, se consideraría como «profesionalismo».

En cambio, la acción que los católicos realizan en la Tierra se orienta al «otro mundo» en mayor medida que a este.²⁴ A diferencia de los calvinistas, hay un vínculo de comunicación más estrecho entre el «más allá» y el mundo terrenal; incluso, hay posibilidades de intervenir y tener la garantía de estar perdonado.²⁵ Para los calvinistas, eso, simplemente, no es dable. Esto no quiere decir que no exista un ascetismo católico, sino solamente que este iba dirigido a mortificar la carne, vista también como lo pecaminoso y lo pegado a lo terrenal, con intenciones de elevar la conciencia a un plano superior. Mientras el ascetismo católico iba dirigido al otro mundo directamente y no buscaba influir sobre este sino únicamente en el «más allá», el ascetismo protestante sí era enfático en lo que respecta a su orientación hacia este mundo, ya que, hacerlo de otra manera, hubiera resultado contraproducente desde su concepción y de acuerdo a sus fines (que, básicamente, eran los mismos que para los católicos: la salvación del alma y la vida eterna).

Quedan, entonces, cuatro grandes cosas por analizar sobre la base de lo dicho: (a) ¿se ha formado, en la cooperativa, un *ethos* religioso lo suficientemente consistente y fuerte para que pueda verdaderamente constituir un rígido patrón de conducta que norme la vida diaria?; (b) ¿el evangelismo diseminado en la Granja Porcón y la manera como lo han asumido sus miembros pudo lograr tal cosa?; (c) ¿se da verdaderamente el ascetismo intramundano en Porcón?; y (d) ¿tiene este un fundamento religioso o es la consecuencia de alguna otra necesidad o forma organizativa tradicional (digamos, en todo caso, un componente externo)?

Si bien este ensayo deja abiertos muchos temas, sí debemos afirmar que el evangelismo pregonado y practicado en Porcón, definitivamente, no propone lo mismo que el calvinismo ascético. Como ya se vio antes, no es posible homologar a secas calvinismo a protestantismo, pese a que el segundo término es una forma genérica de llamar a todos aquellos movimientos cristianos que se desprendieron de la Iglesia Católica a raíz de la escisión iniciada por Martin Luther en el siglo xvi.

²³ Surge, así, la idea de la vocación. Un contenido más profundo y religioso podemos deducirlo de la palabra inglesa *calling* ('llamado').

²⁴ Ahí reside la importancia central que quiere demostrar Weber, a saber, qué factores condicionan la acción hacia una u otra orientación. Mientras que, para los católicos, actuar en este mundo no les reporta ningún beneficio directo o, en todo caso, su acción no les acarrea ningún mal que no sea subsanable acá en la Tierra, los protestantes están imbuidos en la tarea de buscar señales que les digan algo sobre la predestinación y en sofocar, mediante el trabajo, la angustia que ello produce.

²⁵ El colmo de esta situación se alcanza con la venta de indulgencias por parte de la Iglesia católica bajo el papado de León X, que es justamente una de las cosas más serias que Martin Luther reclama y uno de los argumentos más contundentes con los que buscaba demostrar la decadencia interna de la Iglesia, acontecimiento que llegará a su cenit en 1517, cuando el ex sacerdote agustino clave sus 95 tesis en la puerta del castillo de Wittenberg.

Hay puntos muy distintos entre la doctrina calvinista y la doctrina evangelista que los cooperativistas han adoptado. Por ejemplo, estos últimos no creen en la predestinación, lo cual ya marca un gran deslinde. No hay una presión continua y abrumadora para buscar señales salvíficas ni una perturbación por la posibilidad de saberse condenado. En lo que parecen centrarse, más bien, es en encontrar signos de la acción de Dios en el mundo y en cumplir las ordenanzas bíblicas de la manera más ortodoxa posible, pues lo que temen es no agradar a Dios o cometer errores (con consecuencias económicas y espirituales) por no seguir lo que Este ordena. El razonamiento implícito de fondo, que motiva en buena parte y valida ante sus propios ojos sus acciones con respecto al trabajo, parece ser el siguiente: si Dios, como ser perfecto y onnisapiente que es, conoce la verdad absoluta de absolutamente todo, pues no hay más que seguir lo que manda para no desviarse de la buena senda, y se puede conocer aquello que Aquel les señala a los hombres por medio de la Biblia, donde residen completamente sus enseñanzas. Además, como todos los protestantes, no rinden culto a las imágenes; incluso, han acabado con algunas pequeñas procesiones que antes hacían. Se percibe también la adopción de cierto tipo de ética puritana que los hace proclives al trabajo y al ahorro, ya que los excesos están prohibidos, así como el consumo de licor, tabaco o cualquier otra droga.

La iglesia, la nueva iglesia evangelista, muestra los más claros signos de cualquier templo protestante: es poco adornada tanto interna como exteriormente, no hace alusión iconográfica alguna a las imágenes de los santos (por el mismo hecho, naturalmente, de que no se cree en estos o no como tales por lo menos) y no hay confesionario. El pastor da las misas de pie, en el púlpito, moviéndose constantemente mientras recita pasajes bíblicos de una manera muy vívida, con una carga entre solemne y dramática que domina toda la atmósfera del lugar. La misa dominical ocupa un lugar muy importante dentro de la agenda de los porconeros y se toma con la debida seriedad del caso. De hecho, uno de los factores determinantes para construir el nuevo templo fue la necesidad de contar con un espacio lo suficientemente grande como para que la misa tuviera lugar con un mayor número de personas.

¿Hubiese podido este evangelismo en particular lograr una afinidad electiva con el espíritu del capitalismo, de haber existido este? ¿Hubiera podido brindarle una estructura que lo ayude en la consecución de sus fines? Sin lugar a dudas, tanto el antiguo calvinismo ortodoxo como el evangelismo de los porconenses le dan un valor muy grande al trabajo. El ocio está muy mal visto en la cooperativa y no es tolerado por sus dirigentes; los cooperativistas trabajan en distintas faenas durante el día y reciben una paga por ello.²⁶ En este punto, es preciso notar que la división social del trabajo se ha complejizado enormemente, pues, en Porcón, ya no viven únicamente de una agricultura empobrecida y empobrecedora: hoy en día, tienen bosques de pinos que les permiten extraer madera para el autoconsumo, pero, sobre todo, para la venta. También poseen un pequeño zoológico que forma parte de un circuito turístico, cultivan con semillas mejoradas, están vendiendo sus productos lácteos, fabrican textiles y ebanistería, etc.

²⁶ Es frecuente escuchar frases como «Acá todos los cerros trabajan; ninguno se debe quedar ocioso» en alusión a que los cerros deben estar plantados con pinos y producir madera para ser comercializada.

Todo aquello (producción manufacturera-artesanal, crecimiento de una industria maderera propia, capitalización de los bienes y de los medios de producción por los propios cooperativistas, mercantilización de los productos agrícolas y los artículos manufacturados, trabajo asalariado y aumento del mercado interno) permite hablar de un desarrollo capitalista con respecto a su estado anterior. Sin embargo, ¿es ello resultado de una conducta asceta hacia el trabajo o, en todo caso, ha sido favorecido por esta? Me parece que sí.

La economía campesina se basa en el trabajo familiar; la familia trabaja la tierra cuanto sea necesario para que esta produzca lo que tenga que producir. Ese trabajo no es un valor que se añada al precio del producto —según ciertos criterios, esto sería una autoexplotación—, lo cual muestra que el trabajo intenso y duro no equivale a actuar de manera capitalista. Tales condiciones de trabajo se daban hasta hace relativamente poco en Porcón (en la actualidad, como hemos dicho, ha habido un desarrollo capitalista que está modificando las condiciones materiales así como el mismo modo de concebir el trabajo); la gente que sembró las miles de hectáreas de árboles fueron los propios campesinos de aquel entonces, acostumbrados, sin lugar a dudas, al trabajo duro desde cientos de años antes de que el evangelismo tocara sus puertas. Por ello mismo, es preciso aclarar que, si bien hay una actitud asceta hacia el trabajo, sus causas últimas reposan en fundamentos histórico-sociales, por mucho anteriores al advenimiento de la Iglesia evangélica e incluso al de formas capitalistas de producción o concepción del trabajo.

Vemos, pues, cómo, aunque el trabajo asceta haya ayudado al desarrollo del capitalismo en la zona, el impulso de este se encuentra en una forma organizacional institucionalizada previa y no en que sean protestantes o en que la religión le haya dado una rígida y necesaria normatividad a las acciones orientadas hacia el trabajo. Por lo tanto, hay indicios de un ascetismo intramundano, mas resulta evidente, en muchos casos, que los porconeros buscan un fin eminentemente práctico y despliegan sus esfuerzos en el mundo para lograr resultados en el mundo. Es un ascetismo que no reposa en fundamentos religiosos. El papel que la religión desempeña al respecto es legitimar lo logrado: la gran mayoría está convencida que seguir ciertos principios religiosos, en los cuales creen cada vez más, los ha llevado a la senda del progreso. Y creen tal cosa justamente porque se ha dado una retroalimentación entre el «actuar ético» y los buenos resultados. Si obras de acuerdo a lo que dicta Dios, a lo que dice su palabra, no tiene por qué irte mal. Es más, los mismos cooperativistas recuerdan que, hasta hace no mucho, en los años que precedieron al «apogeo», se mostraron sumamente incrédulos con respecto a las políticas de reforestación y pensaban cosas como «¿Qué? ¿Vamos a comer árboles?». Sin embargo, cuando empezaron a sentir los alentadores resultados económicos, también empezaron a sentir la veracidad de la palabra de Dios hecha, ahora, realidad. Si uno le pregunta a cualquier cooperativista, este asegurará que, efectivamente, el desarrollo no es más que la aplicación laboriosa de la palabra de Dios. Expongamos algunas oraciones que aparecen en cientos de carteles colgados alrededor de toda la cooperativa: «No se puede dejar ningún monte ocioso, sin trabajar»; «Esto es un Edén»; «Desde que el niño nace, está con la Biblia bajo el brazo»; «No se enseña catolicismo; se enseña la Biblia».

Otra cosa que salta rápidamente al ojo atento es la literalidad con que se toman las frases bíblicas. Veamos dos ejemplos: Panadería «El pan nuestro de cada día» e Hidroeléctrica «Y Jesús dijo: "yo soy la luz del mundo"». A veces,

parece que quisieran mostrar la mano de Dios y su presencia objetiva e inex-pugnable en cada hecho natural o social del mundo. El libro de Isaías tiene, para ellos, mucha importancia. En él, se relata, entre otros pasajes, la historia de Sodoma y Gomorra. Claramente, el mensaje de fondo es que Dios les pide hacer el bien y no el mal; hay que vivir como lo manda Dios en la Biblia si no se quiere sufrir alguna calamidad. He aquí algunos de los pasajes bíblicos de las fachadas y bosques de la cooperativa (todos son del libro de Isaías justamente): «En las alturas abriré ríos, y fuentes en medio de los valles; abriré en el desierto estanques de aguas, y manantiales de aguas en la tierra seca. Daré en el desierto cedros, acacias, arrayanes y olivos; pondré en la soledad cipreses, pinos y bojes juntamente, para que vean y conozcan, y adviertan y entiendan todos, que la mano de Jehová hace esto, y que el Santo de Israel lo creó» (Isaías 41: 18-20).

Como se podrá observar, en los textos proféticos, abundan las enseñanzas contra la idolatría, así como sobre sus efectos demoleedores. El rechazo a la adoración de imágenes es muy claro:²⁷

Entonces Dios dijo: hagamos al hombre a nuestra imagen; conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra. Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó. (Génesis 1: 26-27)

Así dice Jehová Dios de Israel y su redentor Jehová de los ejércitos, yo soy el primero y soy el postrero y fuera de mi no hay Dios (Isaías 44: 6)

Porque separados de mí nada podéis hacer. (San Juan 15: 5)

Todos los que habían creído estaban juntos y tenían en común todas las cosas. (Hechos 2: 44)

Porque no me avergüenzo del evangelio porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree. (Romanos 1: 16)

Y en ningún otro lugar hay salvación porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos. (Hechos 4: 12)

Y es necesario que el evangelio sea predicado antes a todas las naciones. (San Marcos 13: 10)

Hemos citado estos pasajes bíblicos por considerarlos representativos y recurrentes en el pensamiento del creyente religioso porconero. En el primero, se quiere hacer referencia al hombre como ser supremo de la creación, el cual tiene la posibilidad y la misión incluso de ejercer un dominio sobre ella. En el segundo, se enfatiza la necesidad absoluta de contar con Dios para cualquier cosa que se haga. En la tercera y cuarta cita, se subraya la importancia de estar unidos en la creencia de la Biblia y de la acción salvadora de aquella. En la quinta, se hace notar que seguir la prédica de Dios no solo es un buen camino sino que es el único posible. Finalmente, en la sexta, se expresa la necesidad de difundir la palabra de Dios (esta frase se encuentra escrita, por ejemplo, en la fachada del centro de convenciones, junto a las banderas de múltiples países).²⁸

²⁷ Según Manuel Marzal, este es un elemento fundamental de cualquier Iglesia o secta protestante. Cfr. MARZAL, Manuel. *Tierra encantada*. Madrid: Trotta, 2002.

²⁸ Es interesante recalcar la literalidad y el sentido que se les otorga a las interpretaciones hechas porque son estos factores los que van a tener un impacto sobre el comportamiento de los cooperativistas, pues no nos interesan los textos bíblicos en tanto tales sino las posibles acciones que de ellos se deriven.

3. A modo de conclusión: sobre la ascesis y el espíritu capitalista

Quando Weber habla de «espíritu capitalista», se refiere expresamente a aquella forma particular que adoptó el capitalismo surgido en Occidente a partir del Medioevo. Al respecto, su viuda, Marianne, escribe una sentencia que resume bastante bien una de las grandes interrogantes detrás del pensamiento de Weber: «One of Weber's most important discoveries was his recognition of the singularity of occidental rationalism and the role that it played for western culture. As a result, he expanded his original inquiry into the relation of religion and economics to the more encompassing inquiry into the singularity of the whole of western culture».²⁹

Ahora, lo que nosotros básicamente nos proponemos es dilucidar hasta qué punto ese racionalismo que se menciona fue «recreado» y puesto en práctica en la Granja Porcón y si hubo un vínculo directo entre aquel y el *ethos* evangelista. Repasemos lo dicho en las páginas anteriores. Franklin fue nuestro tipo ideal para explicar el espíritu del capitalismo, pero bien se puede advertir, entre sus cartas, que, ya en sus tiempos, este «espíritu» había empezado a desprenderse de la ética religiosa para comenzar a fundar sus acciones en soportes económicos más fundamentados, aunque aún legítima su discurso con las bases éticas de la religión. Además, como dijimos, Franklin escribe doscientos años después de la aparición del calvinismo; ya para ese entonces, esa «mentalidad» se había institucionalizado en muchos individuos sin que estos lo percibiesen. Sin embargo, lo relevante es que, aún perdiendo los argumentos religiosos, estos seguían orientando sus acciones sobre la base de aquellos impulsos históricos que los inducían a llevar una forma de vida con valores más proclives al trabajo asceta, la moderación, el cálculo racional y la autodisciplina.

En consecuencia, consideramos irrisorio pensar que, en el transcurso de dos generaciones, los porconeros hicieron suya una ética religiosa afin a una suerte de espíritu del capitalismo endógenamente creado, la interiorizaron y, en la actualidad, ya la están haciendo a un lado pues ya no es necesario aquel fundamento religioso para proveer de estructura a sus acciones. Eso, simplemente, no es viable, no solamente por el corto período transcurrido desde la conversión religiosa, sino porque nunca existió un «espíritu del capitalismo» en la forma en que lo describe Weber, elemento imprescindible para que la ética protestante proveyera las ideas necesarias que sirvieran de guardaguasas a los intereses históricos que guían la acción.³⁰ Aunque ya convinimos en negar la existencia de aquella mentalidad capitalista típicamente moderna en la cooperativa,

²⁹ SCHMIDT-GLINTZER, Helwig. «The Economic Ethics of the World Religions». En Hartmut Lehmann y Guenther Roth (eds.). *Weber's Protestant Ethic: Origins, Evidence, Contexts*. Washington D. C.: Cambridge University Press, p. 351.

³⁰ La metáfora de guardaguasas, original del propio Weber, es sumamente ilustrativa en tanto da a entender la función de la ética protestante (calvinista) con respecto al «espíritu del capitalismo» (racional-moderno): la primera no es causa genética del segundo o un sustituto de las explicaciones materialistas de la historia, sino tan solo una construcción de ideas que tienen influencia y afectan a los intereses materiales e ideales ya existentes. Cfr. VILLEGAS, Francisco. «Introducción del editor». En Max Weber. *La ética protestante*, p. 7.

queda una única posibilidad restante de la que se puede hablar sin caer en opciones absurdas: lo que podría estar sucediendo es que estemos presenciando la formación de un «espíritu del capitalismo» en la Granja Porcón.

Veamos ello entonces. Los porconeros tienen un evidente afán de lucro; aún no se trata de una codicia desmedida. Sin embargo, claramente eso no basta para hablar de «espíritu del capitalismo» en el sentido weberiano. El comerciante, el prestamista y el orfebre, los arquetipos del «burgués naciente» en términos generales, comenzaron, cada vez en mayor medida, a acostumbrarse a una forma de vida que les permitiese llevar a cabo sus actividades de la mejor manera posible, lo que terminó por equipararse a la más rentable y eficiente. Para ello, requerían de técnicas y tácticas nuevas tales como la contabilidad precisa, la austeridad, el ahorro y la planificación exacta de sus quehaceres. Sin embargo, esta mentalidad también está ligada —por ejemplo— a valores como la confiabilidad, la honestidad en los negocios y la satisfacción del trabajo bien hecho.³¹ Los cooperativistas no son, por supuesto, la antítesis de esta propuesta; de hecho, comparten muchas características, pero lo que no permite hablar del pleno desarrollo del espíritu del capitalismo es que el deseo de obtener ganancias tangibles y superar las necesidades materiales parece ser la causa primera que motiva sus acciones y sus esfuerzos. Además, las ganancias ahorradas y el dinero obtenido, aunque sea mediante el trabajo disciplinado y sin recurrir al robo o a la estafa, no representan un fin que tiene valor en sí mismo sino en tanto es útil para la consecución de un fin mayor como lo es la adquisición de nuevos bienes o el aumento del prestigio, ya sea individual o de la comunidad.

No se puede decir que la religión evangelista sea completamente accesorio o inútil para efectos del desarrollo económico capitalista, mas tampoco se puede confundir aquello con que exista un «espíritu del capitalismo» que haya sido influenciado positivamente como una condición previa para que se dé tal suceso. Sería mucho más apropiado sostener que son ciertas características del evangelismo las que han ayudado a la consecución de dicho desarrollo, las cuales se pueden resumir en cuatro puntos: cohesión social, control social, reforzamiento de la predisposición al trabajo duro y prohibición de los excesos (en especial, el consumo de las bebidas alcohólicas).

³¹ Precisamente, la ética protestante calvinista logra su afinidad con el espíritu capitalista en buena medida porque dota de un potente fundamento religioso a las acciones de los —en su mayoría— pequeño-burgueses y promueve, así, un tipo de conducta beneficiosa para los negocios pero no orientada por estos. Por ejemplo, un fabricante de sillas protestante en el Ámsterdam del año 1600 no se aprovecharía de la ingenuidad de algún cliente poco cauto o de los ricos bolsillos de un terrateniente para elevar el precio de sus productos; los vendería siempre con un precio razonable y constante a todos por igual, porque eso es lo que considera éticamente correcto, aunque los resultados no previstos sean que, poco a poco, se hará de una buena fama que, a su vez, le proveerá de una creciente clientela. Resulta interesante notar, entonces, que los artesanos porconeros, en la actualidad, sí venden sus artículos con precios diferenciados; no se exceden demasiado en estos, pero sí forman categorías como la de «turistas» y «no turistas», en términos simplificados, esperando obtener mayores ganancias.

El control social se da de dos formas: a manera de un control proveniente de los «otros» y como un control ejercido desde una organización local vertical con bases en la tradición. Se puede constatar que ambas formas se ejercen con notable fuerza. Una razón importante es que el número de habitantes de la cooperativa no es muy grande, lo que permite, como en casi todo poblado donde habita poca gente, que cualquier acusación o chisme lleve fácilmente nombre y apellido, lo que convierte al control en un ordenamiento omnipresente. Asimismo, las reglas³² son tomadas con gran seriedad y cumplidas con convicción por el hecho de que muchas se apoyan tanto en las creencias religiosas como en una organización de poder local bastante fuerte e institucionalizada.

Para entender esto un poco más, debemos tener presente que, desde hace centurias, el núcleo de la organización social en la Granja Porcón ha sido y sigue siendo la familia y las relaciones que se crean entre ellas. De ese modo, tenemos que siempre ha habido familias más prestigiosas o con mayores cuotas de poder que otras y aquel estatus social perteneciente a una familia es heredado «por sangre», es decir, es un privilegio al cual es difícil acceder³³ y que pocos tienen. Su importancia radica en la efectiva capacidad de dominio de muy pocas familias sobre el resto, lo que posibilita que los esfuerzos se dirijan y concentren hacia un solo punto como, por ejemplo, la siembra de pinos. Eso también ayuda a explicar por qué la religión fue adoptada por casi la totalidad de los cooperativistas en poco tiempo, ya que fue «irradiada» desde la cima de una organización vertical que se re-legitimó luego por los grandes logros económicos alcanzados. Esta organización aún se mantiene mediante el dominio carismático de un líder y el prestigio de unas cuantas familias.

Mantener a la gente unida como grupo que se sabe tal, lograr un alto nivel de cohesión social, es crucial para explicar el «salto económico» en la Granja Porcón, ya que evita, aunque suene a una verdad de Perogrullo, la fragmentación que, de otra manera, sería un hecho, como lo atestigua la infinidad de parcelas que rodean a la cooperativa. La división de la tierra, sin duda, traería consigo la ruina, puesto que las propiedades agrícolas se repartirían entre las familias y, luego, volverían a partirse dentro de ellas. A lo largo de pocas generaciones, la tierra cultivable por cada familia resultaría insuficiente dada la improductividad y la ineficiencia que supone el minifundio, sin contar todos los problemas que se crearían con el fin de lograr el acceso a recursos valiosos como el agua y los caminos.

La religión cumple, pues, un papel cohesionador al proveer a la organización tradicional ya existente de un nuevo fundamento y de una nueva herramienta de dominio: la iglesia, donde todos acuden y en la cual se encuentran con «la verdad». Sin embargo, no se vaya a pensar que se trata de una forma premeditada y maquiavélica de control social. El evangelismo es vívidamente creído por todos, tanto por el que dirige la cooperativa como por las mujeres tejedoras de sombreros. Lo que no debemos perder de vista es, en todo caso,

³² No nos estamos refiriendo a reglas escritas, tales como las leyes de un Estado-nación, sino a las pautas de comportamiento social, especialmente en los espacios públicos, transmitidas oralmente por lo general.

³³ Todavía quedan algunas secuelas de la antigua pero nada distante organización estamental de la sociedad.

que tanto el máximo dirigente administrativo como el pastor evangelista incluso son miembros de las dos familias más prestigiosas.

Resulta complicado responder tajantemente si el evangelismo practicado en Porcón promueve o no un comportamiento asceta que se oriente hacia el trabajo, pues no basta constatar que los cooperativistas realizan arduas labores para aseverar tal cosa. Debemos hallar una relación causal así como un principio orientador que se funde en la religión. Como ya dijimos, parece que, actualmente, juegan tanto la superación de las necesidades y la ganancia material concreta como las recompensas psicológicas más fuertes a sus acciones. Estas recompensas psicológicas, cuando cobran matices religiosos, pueden llevar a los porconeros a interpretar los frutos del trabajo como un tipo de «premio a la obediencia en el fiel seguimiento de los preceptos sacros» o como un mecanismo de prevención incluso, ya que algo que les preocupa es no caer en faltas que puedan acarrear castigos divinos³⁴ o que provoquen que Dios ya no los tome más en consideración y que, en consecuencia, no puedan acceder a ninguna forma de ayuda proveniente de Él. De alguna manera, ellos creen que, con sus acciones, pueden ejercer cierta influencia sobre las disposiciones de Dios, el cual es tenido como un ser supremo que evalúa y responde, en su calidad de juez perfecto, al carácter ético de dichas acciones para bien y para mal. Aquello difiere notablemente, más que de la creencia calvinista según la cual la acción se realiza teniendo en cuenta al «otro mundo» más que a este (pese a que la orientación es intramundana en los dos casos), de la que señala que uno no puede ni siquiera intentar intervenir en el estado de la Gracia. Para los porconeros, Dios es una entidad mucho más accesible y cercana, visible en cada hecho e involucrado en cada suceso de la realidad. Además, la última palabra no está dicha; solo a la hora de la muerte se sabrá el veredicto final. Sin embargo, el punto decisivo para entender esta relación entre el *ethos* religioso evangelista y el trabajo asceta es que el primero cobró mayor credibilidad solo cuando la puesta en práctica del segundo, unida al constante flujo de capitales, logró un desarrollo económico palpable por todos.

Un aporte importante de la conversión al evangelismo que tiene efectos acumulativos con el trabajo intenso es la reducción de las fiestas y la prohibición de las bebidas alcohólicas. Esto ha ahorrado muchos problemas a la cooperativa, ha evitado la descapitalización e incluso el endeudamiento de algunos por costear tales eventos. Mientras tanto, el alcoholismo sigue siendo casi una maldición en las zonas vecinas, donde muchos campesinos se emborrachan con gran frecuencia, despilfarran su dinero y contribuyen a reproducir su ciclo de pobreza. De nuevo notamos que el valor de tal prohibición reside en su utilidad práctica no buscada, puesto que el mensaje dado por la religión no es explícitamente «no tomes para que puedas ahorrar y trabajar mejor», sino que tiene un contenido ético con respecto a lo que Dios tiene por bueno y por malo.

En resumen, el evangelismo no fundó las bases que permitieron el crecimiento económico de la Cooperativa Atahualpa-Jerusalén ni tampoco se fundó, ciertamente, sobre un «espíritu del capitalismo» preexistente. El camino

³⁴ Esta concepción de un Dios padre, involucrado totalmente en todos los fenómenos del mundo, que protege y castiga de manera tangible en la Tierra, es un elemento cultural-religioso muy antiguo, en realidad, el cual ha sido adaptado a la nueva religión evangelista.

que permitió consolidar los cimientos de una economía capitalista duró tres décadas y fue el resultado tanto del trabajo de los porconeros como de numerosas e importantes inversiones, entre las que destacan las del Banco Agrario, la cooperación internacional belga, la empresa minera Yanacocha, etc. Sin embargo, tampoco ocurrió que las bases económicas sirvieran de catalizadores para la nueva religión. Lo que realmente se debe al evangelismo es mantener la cohesión social y lograr un orden con miras al trabajo compartido. Con respecto al «espíritu del capitalismo», dejamos las reflexiones y algunas cuantas hipótesis puestas, ya que intentar, ahora, ahondar más en este tema sería muy arriesgado.

Lo mismo se puede decir de la ética evangelista. No obstante, lo que sí queda claro son algunos vínculos que hemos podido establecer a lo largo del ensayo entre dicha ética y el espíritu de trabajo, antes que del capitalismo, pues, finalmente y aunque no respondan a los tipos ideales occidentales, mantienen ciertos elementos compartidos y coherentes entre sí. Por último, haciendo referencia al ascetismo intramundano, mucho parece indicar que se debe más a la necesidad de satisfacer carencias económicas y a una fuerte costumbre enraizada e institucionalizada, incluso desde tiempos prehispánicos, que a una posición asceta ante la vida con miras «al más allá». De todos modos, no es en lo más mínimo despreciable el impulso brindado por las reglas de la ética evangelista que pautan la conducta de los cooperativistas en pos del trabajo y en rechazo a ciertos «deseos pecaminosos».

Creemos haber mostrado, con este trabajo, algunas ideas sobre cómo *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* es útil en tanto ofrece tipos ideales y establece un marco de cómo y qué relaciones buscar, aunque sus planteamientos no se pueden transplantar a otros contextos como si se tratara de una rígida teoría estructuralista, pues hay que analizar en rigor cada situación concreta. Ya al inicio del artículo anticipamos que no dudaríamos en buscar nuevas interpretaciones de la acción social antes que intentar llevar a cabo una simplificación mediocre del trabajo de Weber. Creemos, ciertamente, haber entablado una suerte de diálogo con su obra —cosa mucho más interesante y productiva, a mi entender— que nos ha guiado hasta las hipótesis y reflexiones expuestas a lo largo de todo el artículo. No pretendemos quitarle valor a *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*; de hecho, su importancia es notoriamente crucial para la formulación de lo que aquí hemos escrito, pero cabe recalcar que nos ha servido antes como un punto de inicio que como una meta ya trazada.

Bibliografía

- ESCALANTE, Elsa
1974 *Personalización del campesino y trabajo social*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- FRANKLIN, Benjamín
1959 *Autobiografía y escritos escogidos de Benjamín Franklin*. México, D. F.: Grijalbo.

LAPORTA, Héctor

2000 «El protestantismo en las comunidades de los Andes». En Manuel Marzal, Catalina Romero y José Sánchez (eds.). *La religión en el Perú al filo del milenio*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

MARZAL, Manuel

1988 «El sistema religioso del campesino bajopiurano». En *Estudios sobre religión campesina*. 2.ª ed. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

2000 «Categorías y números en la religión del Perú hoy». En Manuel Marzal, Catalina Romero y José Sánchez (eds.). *La religión en el Perú al filo del milenio*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

2002 *Tierra encantada*. Madrid: Trotta.

PLAZA, Orlando

1987 *Interpretaciones sobre el problema agrario. Perú: 1960-1984*. Lima: FOMCIENCIAS.

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD)

2005 *Informe sobre desarrollo humano. Perú 2005*. Madrid: Mundi-Prensa.

SCHMIDT-GLINTZER, Helwig

1993 «The Economic Ethics of the World Religions». En Hartmut Lehmann y Guenther Roth (eds.). *Weber's Protestant Ethic: Origins, Evidence, Contexts*. Washington D. C.: Cambridge University Press.

VILLEGAS, Francisco

2003 «Introducción del editor». En Max Weber. *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica.

WEBER, Max

1984 *Economía y sociedad*. 2.ª ed. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica.

2003 *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica.